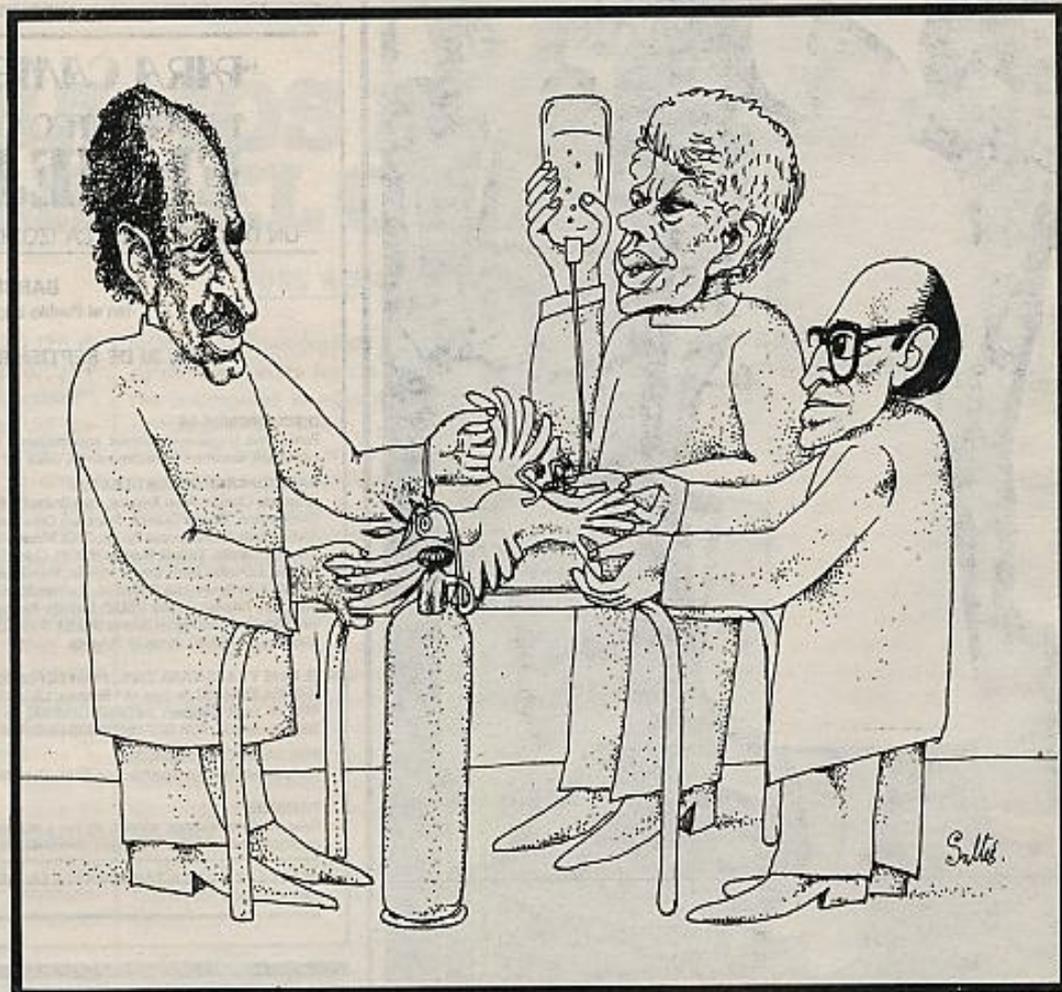


**C**ON una cita de los Evangelios y otra del Rey David, con un triunfalismo que abarca toda la Era cristiana —“Desde hace dos mil años no hay paz entre Egipto y una nación judía libre; si nuestras esperanzas de hoy se realizan, veremos esa paz instalada de nuevo”—, Carter anunció al Congreso —senadores y representantes unidos en una sola, solemne sesión— el acuerdo de Camp David. Le acogió una ovación cerrada, que se prolongó al señalar el Presidente las figuras de Begin y Sadat, sentados en la galería de invitados, uno a cada lado de la señora Carter, como un símbolo: como si la familia presidencial no quisiera dejarles desamparados un momento. Falta les hará. Falta le hará, sobre todo a Sadat, arrastrado a este pacto suicida y desesperado. Comenzó a resbalar por la pendiente cuando, a fines del año pasado, hizo su espectacular viaje a Jerusalén, mientras era acusado de traición por los otros árabes y desertado por algunos de sus amigos y colaboradores. Pero todavía mantenía una cierta firmeza, decía que actuaba en nombre de todos y que jamás firmaría una paz por separado. Sin embargo, ha llegado ya a este extremo: el primero de los acuerdos básicos de Camp David determina que Egipto e Israel firmarán la paz en un plazo de tres meses, y que en el de nueve habrán restablecido las relaciones diplomáticas completas.

El primer estallido de indignación árabe se produjo dentro del encierro mismo de Camp David, cuando el ministro de Asuntos Exteriores de Sadat y el embajador egipcio en Washington presentaron la dimisión, y otros funcionarios de la delegación egipcia no asistieron a la sesión final. Se ha dicho luego que era una simple cuestión de fatiga más que de disensión. Pero Sadat ha anunciado ya que va a reformar su Gobierno y a modificar toda su Administración para “volver a orientar el Gobierno en dirección a los asuntos internos y no al conflicto con Israel, como sucedía hasta ahora”. Las reacciones de protesta y de sensación de fraude han estallado en todo el mundo árabe: desde el llamado Frente de la Firmeza, reunido urgentemente en Damasco —Argelia, Libia, Yemen del Sur, Siria, la OLP—, hasta el anuncio de represallas por parte de los guerrilleros y políticos palesti-



# El golpe de Camp David

EDUARDO HARO TECGLÉN

nos: Yaser Arafat ha anunciado que Carter “pagará caro” lo que ha hecho.

Pero la disensión que más puede inquietar al Presidente Carter es la de dos países árabes “suyos”: Jordania y Arabia Saudita. Los dos países son imprescindibles para que los acuerdos de Camp David puedan llevarse a la práctica. El segundo de los acuerdos de Camp David deja más bien claro que Israel no piensa retirarse de los territorios árabes que ocupa. En lo que se refiere a Gaza y Cisjordania, se explica que va a haber un período de transición de cinco años para que estas zonas tengan un régimen de autonomía interna, incluso se acepta la presencia de

una fuerza de las Naciones Unidas. Pero no parece de ninguna manera que se vayan a retirar las colonias de Israel ni que vaya a ser admitida la implantación de palestinos. Begin mismo, tranquilizando a los fanáticos de su país —a los que están aún más allá de su propio fanatismo, de su dureza clásica—, ha advertido ya que el control militar de Israel sobre las zonas ocupadas no va a reducirse ni siquiera en cinco años, sino más allá: “Está escrito (que permanecerán) durante el período de transición, y aún más allá... Porque Judea, Samaria y la banda de Gaza son las áreas más vitales de nuestra seguridad nacional”.

Carter habló por teléfono con

los Reyes de Arabia y Jordania. Les ha enviado a Cyrus Vance, promete ir personalmente a visitar la zona. Quiere, a toda costa, obtener el acuerdo de estos países, que son clave. Tiene fuerza para hacerlo. Tiene las armas que les envía, tiene la posibilidad de desestabilizar sus regímenes. Tiene, simplemente, que ponerles delante la inutilidad de su negativa. Si Egipto y el Estado de Israel firman la paz y Egipto entra definitivamente en la red imperial de los Estados Unidos —ya lo estaba, y este es el secreto de las gestiones de Sadat; pero se dice que en Camp David, además de los documentos publicados, hay uno secreto entre Sadat y Carter, por el que los Estados Uni-

dos paga a Egipto con dinero, armas y apoyo en su seguridad interior y exterior la gran concesión final—, difícil será que Jordania y Siria —con Arabia Sudita no hay que contar— emprendan una guerra contra Israel. Aunque la URSS les envíara armas y ayuda. Con el Líbano no hay que contar. Argelia, Libia, están lejos... Sobre todo, Jordania y Arabia Sudita temen el revolucionarismo árabe que está de parte de los palestinos, que podría destronar sus monarcas y agotar el régimen feudal de los dos países. Por ese mismo miedo tienen ahora que enfrentarse con los acuerdos de Camp David, aunque en el fondo de su cansancio les conviniere: porque temen enfrentarse con sus pueblos.

Tiene razón Carter para regocijarse, por el momento, y para clamar por su triunfo. Es, sobre todo, un gran triunfo de los Estados Unidos. ¿Lo es de Israel? El Partido Comunista israelí —el único disidente, junto a los fanáticos partidarios del Gran Israel, aunque por motivos distintos— lo advirtió en su comunicado: "Este acuerdo no es bueno para los pueblos de Oriente Próximo, sino sólo para la dominación norteamericana de la región. Este acuerdo no salva la paz, sino a Sadat, Carter y Begin". La dominación norteamericana de la región se viene acentuando año tras año: la diplomacia de Washington y su actividad secreta ha ido disminuyendo la presencia soviética —militar y económica— en toda la zona árabe, desde el último episodio bélico. La forma en que la agencia Tass —es decir, la opinión, más que oficiosa, oficial del Gobierno soviético— ha acogido los comunicados de Camp David no deja lugar a dudas: "Se ha montado en Camp David una verdadero complot contra los pueblos de Oriente Próximo y los intereses de la paz en esta región, de gran importancia estratégica..."

¿Tienen razón los comunistas de Israel, los soviéticos, los palestinos y algunos observadores menos interesados al decir que lo que se ha creado en Camp David no es la paz, sino la guerra? Es, efectivamente, posible. Los acuerdos de Camp David son demasiado limitados: son unilaterales, como quedaba dicho recientemente en estas mismas columnas, en el sentido de que reúnen solamente tres países que ahora están dentro de una misma órbita. Pueden contar con que, pese a las reticencias actuales de Jordania y Arabia Saudita, la presión de

Estados Unidos es suficiente para mantenerles a su lado. Pero esas mismas reticencias expresan, como queda dicho más arriba, un miedo a la situación que se origina. Esta situación es la de una pérdida de esperanzas en la negociación en un grupo de países y, sobre todo, en unos palestinos desesperados que ya no pueden esperar gran cosa de las negociaciones futuras. De la capacidad ofensiva de estos palestinos, tanto en el desarrollo de un terrorismo internacional como en las acciones locales, no hay que dudar. Van a recibir ahora toda la ayuda de los países del Frente de la Firmeza y, desde luego, de la Unión Soviética.

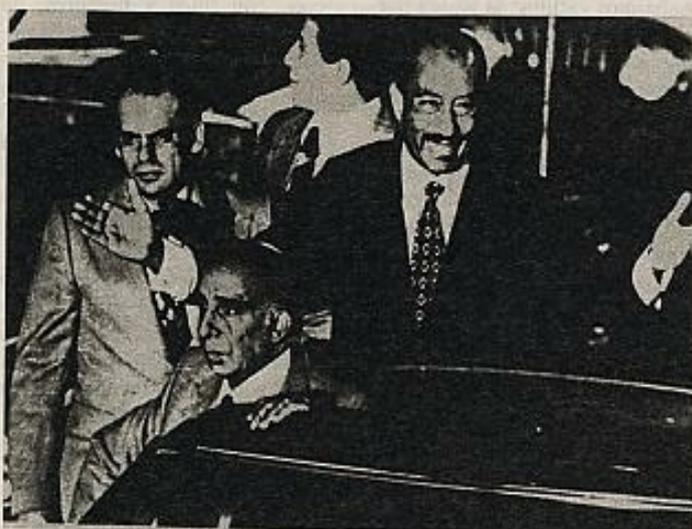
Durante el proceso, largo y

delicado, que van a seguir ahora los acuerdos de Camp David para poderse instalar realmente en la zona, va a haber toda clase de decepciones. La primera se ha visto ya: Israel no hace la mínima concesión. Los Estados Unidos tendrán que apuntalar los regímenes árabes amenazados, especialmente el de El Cairo. Una caída de Sadat no puede ser excluida. En esta situación, los grupos revolucionarios, los guerrilleros palestinos, las poblaciones árabes, pueden llegar a acciones de gran violencia que quizá no modifiquen externamente la situación, pero que creen un foco de inseguridad mucho más grande que el previsto; al que Israel podría responder con acciones ofensi-

vas contra los países resistentes. Es decir, los acuerdos de paz de Camp David están en el horizonte de lo posible si los Estados Unidos no vacilan en aplicar toda su fuerza, incluso de las armas o los cuerpos expedicionarios, incluso la de enfrentarse con una guerra y con una situación de riesgo mundial. La duda está en si la Unión Soviética ha considerado ya que ha llegado el momento de enfrentarse con el gran cerco mundial que está sufriendo, y del que Camp David es un episodio de primerísima importancia, o si realmente entiende que no puede dominar la situación, que se le ha ido de las manos.

Carter, efectivamente, puede estar satisfecho de lo conseguido, que ha cambiado velozmente su imagen. Una imagen que se deterioraba, y que podía perjudicar seriamente a su partido en las elecciones del "midterm" —la mitad del período legislativo, en la que se renuevan partes del Senado, del Congreso y de los puestos de gobernador—, convocadas para dentro de algunas semanas: el "golpe" de Camp David puede ser trascendental para aumentar la fuerza del Partido Demócrata. Todo el mundo sabe lo que pesa el voto judío en los Estados Unidos, pero, sobre todo, lo que pesa la opinión judía, ejercida por su dominio de los medios de prensa, radio, televisión y agencias informativas. Un comentarista de Washington señalaba que hasta ahora los candidatos a estas elecciones, dentro del Partido Demócrata, procuraban distanciarse de Carter para no tener de su baja de popularidad: ahora, después de Camp David, se ponen a su sombra. El tesorero del Partido Demócrata ha dicho ya que ha recibido llamadas de "generosos y tradicionales donantes judíos", que dicen que los acuerdos de Camp David son "la oportunidad que estaban esperando" para poder reanudar su ayuda financiera al partido. El senador Kennedy, que hace su campaña para dentro de dos años (para que el Partido Demócrata le nombrara como candidato, en lugar de a Carter) y la hace también sobre política exterior (su viaje a la URSS y su entrevista con Brejnev forman parte de esa campaña), ha declarado ya la superioridad de su adversario: "Hoy —dijo, al final de la última jornada de Camp David—, Carter ha ganado el Premio Nobel. ¿Puede alguien esperar que los demócratas nieguen la nominación a un Presidente que ha conseguido esto?".

Pero aún quedan dos años...



Sadat retorna triunfante a El Cairo tras la firma de los acuerdos de Camp David.



Arafat y Gadhafi buscan integrar a Hussein en su frente de rechazo.